

Méndez, Manuel (médico)

Despedida que hace el médico Méndez, de Tamames, de sus patriarcales labradores y ganaderos asistidos, de todos los pueblos en fin que ha recorrido; y su programa al trasladarse á Salamanca.

Salamanca : Imprenta de Juan José Morán, 1853.

Encuadernado con 15 obras

Signatura: FEV-AV-M-01382 (08)

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

9

DESPEDIDA

QUE HACE

EL MÉDICO MENDEZ,

DE TAMAMES,

DE SUS PATRIARCALES LABRADORES

y ganaderos asistidos,

DE TODOS LOS PUEBLOS EN FIN QUE HA RECORRIDO;

Y SU PROGRAMA

AL TRASLADARSE Á SALAMANCA.



ENERO, 1853.

Imprenta de Juan José Moran,
calle de la Rua, número 45.

DESPEDIDA

QUE HACE

EL MÉDICO MENDEZ,

DE TAMAMES,

DE SUS PATRIARCALES LABRADORES

y ganaderos esclavos,

DE TODOS LOS PUEBLOS EN FIN QUE HA RECORRIDO;

Y SU PROGRAMA

AL TRASLADARSE A SALAMANCA.



ENERO . 1853

Imprenta de Juan José Moras,
calle de la Riva, número 47.

A TI, CRISTOBAL RODRIGUEZ SOLANO,

MI QUERIDO AMIGO,

que habiéndolo sido franco y leal en nuestros primeros años no lo has desmentido en las diversas situaciones de nuestra vida, á ti quiero, no dedicarte esta carta porque el trabajo ni es digno de una dedicatoria ni de tu ilustracion, sino participarte el primero mi traslacion á Salamanca como una prueba del cariño desinteresado y sin mancha que te profesa tu condiscipulo

Manuel Mendez.

A TI, CRISTÓBAL RODRÍGUEZ SOLANO,

MI QUERIDO AMIGO,

que habiéndolo sido (tanto y leal en nuestros prime-
ros años no lo has desmentido en las diversas situa-
ciones de nuestra vida, á ti quiero, no dedicarte
esta carta porque el trabajo me es digno de una dedi-
cación me de la ilustración, sino participarte el pri-
vilegio que disfruto en Salamanca como una prueba
del cariño interesado y sin mancha que te profesa
tu conscriptor

Manuel Mendive

Después de haberme plantado en los cincuenta, amigo mío, y después de haberse plantado sobre esta pobre humanidad que los lleva á costas, achaques debidos en gran parte á la manera con que han trascurrido en este valle de lágrimas; principié á pensar en el cómo y dónde pasaría los días que Dios me tenga contados en este último tercio, que por necesidad habrá de ser el mas lastimoso. Como no he podido hacerme rico á pesar de cerca de treinta años de no interrumpido trabajo; y como no supe ó no quise serlo cuando la riqueza en tiempos no lejanos llamaba á la puerta (1); claro está que el cómo he de concluir este último tercio ha de ser trabajando. No quedaba que resolver mas que *dónde*.

¡Dónde! Tú acaso el primero me dirás: ¿dónde irá el buey que no are? y á los cincuenta años, siendo médico (me añadirás); te pones á discurrir, donde has de continuar ejerciendo una profesion tan espinosa, no solo por lo mucho que en ella hay que saber, sino por la manera con que en lo general, se aprecia lo que se sabe? ¿Te has olvidado de la dificultad con que se aclimatan las plantas exóticas, y de que, caso de conseguirlo, no es poco lo que degeneran? Y sin salir de nuestra profesion ¿te has olvidado de aquel tan erudito quanto práctico Profesor (2) que pronosticaba en una con-

(1) ¡A la de cuantos llamó que se la cerraron por no haber tenido un profeta que les anunciara un convenio de Vergara, un Pio IX y un Concordato!

(2) Morejon.

sulta habida con tres catedráticos del Colegio de San Carlos, la hemorragia en que los compañeros no pensaban; y que dijo ser la precursora de una muerte que luego se verificó en una señora que, estando vistiéndose para oír misa, la retrajo de ese propósito, anunció á los interesados que se confesára, vino la hemorragia antes que terminára la consulta, y no se hizo esperar la muerte? ¿De aquel que, al bajar de su cátedra, le esperaban siempre porcion de coches que le paseaban por todo Madrid? Ciertamente que no te habrás olvidado, siquiera sea por lo que le agradó aquel tu dicho á Capdevila, cuando manifestó impaciencia porque tardabas en el reconocimiento de un enfermo, á saber: "si el cuerpo tuviera vidrieras, ya hace tiempo que habria concluido." Pues bien, ¿no le viste salir de Madrid, y recorrer nuestra provincia, y pasar casi desapercibido como médico, si se esceptúa para alguna notabilidad? Pues si esto has visto, ¿cómo te atreves pigmeo...? ¿Te has olvidado....?

¡Eh!... despacio, querido; y ya que tantos *te has olvidado*, creo que te ocurren, aguarda á que antes te diga ese *dónde*, para que eches toda la andanada. Es nada menos que á la capital de la provincia, esto es, á Salamanca. Cosa de juego es, (dirán algunos, que no tú) lo que se le ha metido en la cabeza al Hipócrates de aldea. Si, amigo mio: mi resolución está tomada: y lo está á salvo de todo argumento, por mas que no haya olvidado lo que he supuesto que tú me podrias recordar, y mas que diré para completar el cuadro.

Sé que el premio mayor de la lotería médica es el número *confianza de los asistidos*: sé que esta la he obtenido en diez leguas cuadradas del punto de mi residencia por espacio de veinte y cinco años: sé que tengo muchos y buenos amigos en este rá-

dio, que continuarían sosteniendo mi holgada posición, y que sentirán mi traslación tanto como yo siento dejarlos (1): sé que debo mi reconstitución, mi vida, al género de la que desde el año de 853 adopté, de no interrumpida equitacion: sé que en una capital de provincia debe encontrarse lo mas granadito del saber médico; sé, en fin, y esta es la mas negra, que en este siglo de luces (2), y en que tanto se improvisa, hay genios traviosos, llenos de vida (que, por mas orgánica que sea, ha de ser científica), que sustentando de cabecera, ó arguyendo consultores, te espetan un discurso mas largo que lo que promete ser la vida del enfermo (3), que deseosos de aparecer científicos, recorren el templo de Esculapio, aunque á las luces de su altar no divisen bien los santos (4); y que yo, mas amigo de hablar lo meditado que de meditar lo una vez dicho, me encuentro con que tengo que habérmelas improvisando, sin ese estilo parlamentario que

(1) No es esto decir que no haya algunillo que diga al leerme: buen viaje; aunque despues le suceda lo que á las ranas pidiendo el rey.

(2) Algunos se empeñan en decir que en achaque de ciencias y letras se han apagado muchas, que solo son candelitas, y que por mucho que nos esforcemos, no formamos con ellas el cirio científico y literario de nuestros predecesores, que nos deslumbra por lo demasiado *tierno de ojos* que nos ha dejado la polvareda que ha levantado el carro que tantos zarandeos ha dado al cuerpo político: que nosotros los médicos habemos querido reformar tambien el humano: que discutimos mas que observamos: y qué se yo cuantas otras cosas que, á fuerza de buenas razones, me van haciendo creer.

(3) Refiriéronme en una de las principales poblaciones de la provincia de Valladolid, con motivo de haber tenido en ella consultas breves, que en uno de los pueblos de aquellas inmediaciones se reunieron dos Profesores muy de mañana en consulta, llegó la hora de comer y no se terminaba, pasaron dos mas y tampoco; el enfermo se empeoraba, y se empeoraba tanto, que los asistentes hubieron de llamarles de nuevo la atención sobre su estado; salieron á examinarle y espiraba: ya supondrás qué paso tomarían los contendientes.

(4) O como si dijéramos los autores de los mil y un sistema que cada cual fundó, y quiso erigir en la mas sana doctrina.

se quiere parodiar, en desuso el académico; con poca fé en galanas teorías por los reveses recibidos de la vetusta práctica; sin que sirva de gran cosa aducir la autoridad de respetables maestros, porque ya los hombres se crían amaestrados; menos el testimonio de la propia esperiencia, porque á eso lo llaman salirse de la cuestion, ¿qué hago?

Estamos á doce leguas y paréceme que te veo reir, y te oigo decir: "¿Después de veinte y cinco años de médico consultor te me vienes con esas? Harto sabes la manera de terminar consultas por el estilo de las del campo de Valladolid; no te faltará alguna frase incisiva que ponga término á discursos sempiternos; para eso del templo de Esculapio hace treinta años que leiste á Hipócrates y otros maestros; lo de improvisar sabemos de algunos años acá como se hace, y lo que vale, si tuvieras la fortuna, que no tendrás, de hallar quien lo haga con acierto, su mismo discurso hará el tuyo correcto; y lo que es mejor acertado, el estilo no cura; y si me dices que agrada, no le habrás tenido tan desaliñado, cuando te ha hecho clientes; para lo de teorías galanas tienes un oído frente de otro; al que desoye altanero la cita de uno que esté tenido por autoridad, no merece que se escuche su opinion; si el testimonio de tu propia esperiencia no se atiende, tanto mejor, le guardas íntegro para tus enfermos.

Bien, muy bien: y crearás haber puesto una pica en Flandes, y lo que es mas, haberme convencido; pero no es así, esos veinte y cinco años de médico consultor me han convencido de que no bastan las soluciones á las dificultades. Bastarían, si, allá por los años de 25 (1) en que, si bien el

(1) ¡Con qué placer recuerdo esa época en que contándome el mas varatan te tenía á mi lado como á los Perez y Toresanos, Matas y Dávilas, Isidros, Sanchez, Remolares y otros aprovechados.

sistema de Brosais nos tenia tan irritados como helados, quedaban los enfermos á quienes se le aplicaba, por lo regular exagerado; teniamos el correctivo de que la generalidad de nuestros maestros le miraban con prevencion, porque estaban educados en otra escuela; se acataban las autoridades médicas; se nos hacia estudiar á Hipócrates; y como la de éste y sus comentadores estaban miradas con el respeto que yo no quisiera que se perdiera, nos ponian en el caso de decir: *caute legendum*. Asi y todo, recordarás que uno de nuestros más aventajados condiscipulos, bien infortunado por cierto, sostenía ante el Dr. Perez en un reumatismo, "que las sanguijuelas se habian de llevar á tantas partes como recorriera el dolor, porque alli le sostenia la irritacion". ¡Cuán irritado está V.!

le dijo con sarcasmo el maestro, viendo su terquedad; espero que los desengaños que recoja por fruto de sus desvarios, le han de quitar la irritacion hasta dejarle helado. Con un lenguaje asi ó parecido, terminó el Dr. Perez; y el discípulo, si no cedió á la fuerza del raciocinio, cedió á la de autoridad, y mendigaba su práctica. ¿Contará el Dr. Perez en los dias que corren cosa parecida de sus discipulos, que no han de aventajar, ni quizá llegar, á la privilegiada disposicion y notable aplicacion de nuestro condiscipulo? Creo que no; y asi debe suceder en la escuela, cuando al siguiente dia de salir de ella encuentra uno conniveladores tales que llega á persuadirse de si el comunismo ha penetrado, ha encarnado antes en los médicos para igualar las inteligencias que en las demas clases, adonde sus autores le quieren inocular para igualar las hijuelas.

He visto mas de una vez acercarse jóvenes al sitio donde se aprende (1) poseidos de que domi-

(1) La cabecera de los enfermos.

naban la situación, producirse con tal desenfado, mirar tan por cima del hombro á los que sostenemos el *Ars longa*, y suponer que su *vita brevis* estaba por cima *longa*, que ya una vez me vi en la necesidad de llamar aparte al sin aprension y decirle: "hablemos claros, amiguito: ó V. trae órganos nuevos (1), y mostrad como; ó mira para ver, y baja el tono; ó suelto la carcajada, y nos entienden los sordos; ó los profanos ante quienes tenemos el deber de ser circunspectos, y no dar motivo á degradar la ciencia ni degradarnos", y bajando un poco mas la voz, le añadió: "que si llegaban á comprender que nosotros andábamos tan distantes como cercano estaba á la eternidad el desgraciado que nos ocupaba, no se podría responder si saldriamos por la puerta, ó habria mas cómoda salida en concepto de algun interesado, por la ventana".

Pues ¿y si estando de cabecera me tocase habérmelas con un Homeópata? De qué servirá que, reasumiendo todo mi pobre caudal, trate de ordenar mi historia de la manera mas metódica, principiándose por el enfermo, aunque sea desde que nació, y siguiéndole en todas las épocas de su vida hasta llegar á la en que padece, y de aquí pase á describir el modo como ha sido influido por todos los modificadores que le han rodeado, sin olvidar los que allá en el vientre de su madre pudieron predisponerle, y deducir de todas las causas el efecto que á mi juicio estoy combatiendo, ó sea la enfermedad que en seguida describiré, (y daré ó no daré nombre, porque no á todos se lo encuentro propio) señalando el órgano, órganos ó sistemas orgánicos que por los síntomas observados den mas muestras de padecer, para venir á

(1) Se trataba de un enfermo que los tenia desorganizados.

deducir lo que mas interesa que es el método curativo, no con el calor (que por cierto se me ha apagado) de los sistemas, sino con las lecciones frias de mi práctica auxiliada con la lectura de los probos cuanto observadores Hipócrates, Boerhaaves, Baglivios, Huscham, Frank, Sydenham, Zimmermam, Hufeland, y todos los acabados en ham, sino me he ceñido á Hahnemann?

Oye la doctrina de éste espresada por su fogoso discípulo: *Sed sæculorum commenta delet dies*; ó como si me dijera: *dies tui transierunt*. Ese funesto arte que por una larga série de siglos ha poseido la facultad de disponer á su arbitrio de la vida de los hombres, que debe á la humanidad diez veces mas criaturas que le arrancáran las guerras mas esterminadoras: que ha hecho las dolencias de millones de millones infinitamente mas graves que fueron en su origen; la alopatía, en fin, acabó y acabó para siempre, cediendo como no podia menos, su lugar á la única medicina verdadera, que es la Homeopatía. Esta demuestra sin trabajo al que quiere raciocinar, que las enfermedades no dependen, como con ignorancia tan estúpida como altanera ha querido probar la antigua Escuela, de principios morbíficos materiales ni otras utopias; sabe que consisten en desarreglos dinámicos de la fuerza vital que virtualmente anima al hombre, sabe que estos desarreglos no pueden ceder sin producir otros que se le asemejen á beneficio de un medicamento que posea esta cualidad: sabe que entonces aquella fuerza vital se rehace contra los desarreglos medicinales que hace desaparecer, despues de haber ellos acabado con los que constituian la enfermedad. Este es el arte único, verdadero, reconocido por cuantos no se niegan á la evidencia de los hechos, y solo son los alópatas

:

que han preferido á examinarlos continuar en su maléfica doctrina. No es mi ánimo entrar en polémica sobre una comparacion de doctrina, y no porque no esté seguro de la victoria, sino porque estoy convencido que á los alópatas nunca faltan argumentos para sostener el mal que hacen, sin poderlos fundar mas que en las preocupaciones de sus maestros (1) ó en la autoridad de sus libros. Usted (dirigiéndose á mi) que tan lastimosamente ha perdido el tiempo, sería digno de compasion despues de tantos trabajos, hasta la época en que se descubrió la medicina suave, natural y cierta, pero una vez propagada, una vez demostrada su necesidad en toda Europa (2), ya no le alcanza aquella compasion de que son tan dignos los enfermos dirigidos por los alópatas, que no era pequeño mal saber que eran inútiles; pero parte el corazon estar convencidos de que son perjudiciales. Tampoco tiene V. derecho á que se le considere por su antigüedad y larga práctica; porque eso equivaldria á que un empleado de particular, de corporacion, ó del gobierno, por la sola razon de haberles servido mal toda su vida, exigiera un ascenso por una antigüedad que estaba reclamando cuando menos una cesantia sin sueldo (3). Despues se volverá á los interesados, y con una modestia que me divertiré, le oiré decir: *oh! multa mecum pejoraque passim, duratae et vos met rebus servatae secundis.* Señores, yo no comprometo mi arte divino é infalible en este enfermo: él padece dos enfermeda-

(1) ¿No te dije que ahora aunque fueran criaturas, salian amaestrados?

(2) Esto es mas que lo que con arrogancia bien disculpable decia nuestro legislador de Cos en aquella ley recopilada: *Etenim in Libya, et Delo, atque Scythia, propósita jam signa vera esse comprobavimus.*

(3) ¿Sabes que en esto último me parece razonable el homeópata, y que si se tratara de sacar copias no habian de faltar modelos?

des, una medicinal producida por los remedios alopáticos empleados, y otra natural, si bien *agravada por ellos*. Si Vds. quieren que yo me encargue de curar esta última, ha de ser despues que el Médico de cabecera me lo ponga en el mismo, mismísimo estado que se encontraba antes de propinarle sus drogas.

Ya ves que el casito tiene pelos. Si opto por dejar á la naturaleza que se rehaga sobre los efectos de la medicacion, podrá suceder que la agravacion de la enfermedad natural, *favorecida*, como ha dicho, por mis drogas, suba de punto al extremo de llevar al enfermo á la presencia de Dios, dejándome á mi á la de los interesados, que de seguro no echarán en saco roto la *insinuacion* del Homeópata. ¿Me haré tal para complacer al regenerador? Pero entonces vamos á hacer de nuestro enfermo un dos de Mayo. Una enfermedad que en castigo de sus culpas ó para probar su virtud le regaló el autor de sus dias, sino ya sus intemperancias, contra ella, y esto si que es verdad, la accion que oponia la naturaleza ó sea la fuerza vital que virtualmente anima al hombre y es su perenne custodio; otra que siguiendo las preocupaciones de mis maestros, la autoridad de mis libros y mi pretendida práctica de observacion le produce con mis dosis alopáticas, contra esta tambien la fuerza vital; otra y es la tercera, que produciré con él semejante, idéntica, y un si es no es mayor que la alopática, contra ella nuevos esfuerzos de la fuerza vital para acabar con ella, despues que deje estinguida la que invalida al homeota para hacerse cargo de curar la primitiva; *esta por supuesto deberá estar á raya por la fuerza vital esperando el resultado de la lucha*; ¿qué te parece del cuadro? Crees que aunque el mismo Hipócrates se hiciera

cargo de este enfermo y manejára, como sabia hacerlo, aquello de *et siquid divini in morbis inest, etiam prænoscere oportet* ; acertaría á dirijirle de modo que le dejára en el estado apetecido por el homeópata? ¿Crees que aunque en el caso presente diéramos á la fuerza vital mas discrepcion que la que Helmoncio daba á su arqueo, anatematizado y con razon por los homeópatas, tendria la suficiente para combinar una estrategia tal que suspenda los progresos de la enfermedad primitiva y sus complicaciones, entretenga la ocasionada por la alopatía, y sirva á las dosis infinitesimales en la producida por ellas hasta dejar estinguidas las dos? Ya ves que esto es imposible, á menos que Dios tomando de su cuenta á nuestro enfermo, lo convirtiera en nuevo Jonás, sino arrojándole por la boca de la Ballena, restituyéndole en virtud de un *fiat* al estado ni mas ni menos que al regenerador se le antojó.

Mas salgamos de este laberinto (1) homeopático porque ya me parece que te veo morder el higote y decir para tu sayo: "la consultita homeopático-alopática tiene trazas de parecerse á la del campo de Valladolid; y aun añadir que me ha sucedido lo que á Gaubio que, muy pagado de estar firme en

(1) No vayan á llevar á mal los homeópatas, que me valga de la palabra laberinto. No me sería difícil salir de él, pero el Dr. Cartaigns, famoso homeópata, confiesa que el modo de obrar de las dosis infinitesimales es cuestion oscura, por ende está escribiendo unas observaciones que hagan perceptible el modo de obrar de aquellas; ya las tengo encargadas; y de cierto que como sepa convencerme que los infinitesimales cuanto mas infinitos, son modificadores, y que para producir con ellos el *si es no es mas de agravacion medicinal*, que es preciso oponer á la agravacion mórfica para estinguirla no se necesita llevar regla y compás, hago lo que Talleyrand decia en una ocasion al desgraciado Luis XVI: «me paso á la otra banda, esto es, me hago homeópata; porque es tanto lo que me gusta que la homeopatía se apellide Medicina de la experiencia, que si no estuviera tan escarmentado de lo que á veces valen los nombres, desde el momento que tal leí me hago socio sin mas exámen, pues que yo tengo la aprension de que, «no hay mas medicina que la producida por la experiencia.»

los estribos, decia á los sistemáticos: *melius est suspendere passum, quam progredi per tenebras*; y poco despues se perdia en el laberinto de los sistemas. Pero ten paciencia, amigo mio, que esta pesadez nace de que quiero que estés persuadido de cuán presentes tengo los inconvenientes de mi traslacion, y de que nada de cuanto suceder pueda me ha de sorprender.

Pues y si despues de haber espuesto las dificultades con que tengo que luchar en el terreno científico, recorriera las que surgen, no para ejercer el arte con dignidad, sino para hacer que todos la respeten, ¡qué cuadro tan triste tendrias que examinar! Pero corramos un velo sobre tanta miseria, que no puede menos de aumentar la nuestra, y lamentemos el olvido en que yace, hablando en general, el aforismo XV de Hufelamd que principia: "pensad siempre", y concluye: "dia vendrá en que se os pida cuenta de vuestra conducta." Ya escampa, dirás, ¿ahora vienes con lamentaciones? Me habia distraido, y para que te pase esa lamentacion de Semana Santa, allá va algo que se parece á Carnaval. Seguí mi lectura de aforismos y llegué al que dice: "la profesion mas sublime, despues de la del Sacerdocio, es la de velar en la conservacion del fuego sagrado de la vida, siendo en este mundo el dispensador de los dones de la divinidad y de las fuerzas de la naturaleza"; y esto es lo que hace el médico. Muchas veces me habia ilusionado con el grande objeto que estamos llamados á llenar en este tránsito, ó llámese vida; pero aquel dia te aseguro, que olvidado de esos malditos intereses materiales, me estasiaba el elevado lenguaje del viejo Hufelamd, y hasta hacia pinitos de gozo. Con que, me decia yo, ¿somos la segunda persona? Improvísame la criada, dame el correo, y leo el preámbulo de la

"Reforma que se hace al plan de Estudios." El señor Ministro en sus razonamientos iba recorriendo las profesiones, y despues de haber hablado de todas, leí un "y por último" que me bajó la vanidad á los pies, y por último decia "la medicina"; y disertaba como habrás visto. Sabia yo, hace muchos años, que los médicos no alcanzábamos los beneficios que en los tiempos de Liborio y Quintiliano, ni menos los de Constantino; sabia tambien que el caso que se nos hace por gobierno y gobernados es en un día ó una hora dada (1); y creo que está con mucha propiedad escrito ese "por último" del señor Ministro de Gracia y Justicia; porque cual mas, cual menos, todas las profesiones, principiando por la instruccion primaria, han merecido recuerdos del gobierno, si se exceptúa la Medicina, que creo bien los merecerá, aunque sea la última.

Ahora si que voy estraviado, amigo mio; me proponia, cuando principié con lamentaciones, presentar otra dificultad á mi traslacion, fundada, no tanto en el *multi sunt vocati*, cuanto en el *pauci vero electi*; porque has de saber (y mucho me alegraré que no lo sepas, pues que será prueba que en la capital se juega limpio) que por esos pueblos de Dios el *multi vocati* hace una guerra cruel al *pauci electi*; es preciso que el *electi* esté escogido a salvo de todo argumento para poder resistir á los que presentan los llamados, por mas que no estén en conformidad con el aforismo XV ya citado. Pues bien: que somos muchos los llamados en la capital, es ciertísimo: que los experimentados han de ser los escogidos, es racional; y como yo no lo esté tanto como aqui, claro es que habré de permane-

(1) ¡Ah! en esa hora no tan solo nos apellidan dispensadores de los dones de la Divinidad, sino que hasta los mas ortodoxos, si se les perdonára la blasfemia, nos apellidarian la Divinidad misma. Por supuesto, si el resultado es feliz.

cer entre los primeros. Y tanto mas es de presumir, cuanto que acostumbrado por espacio de 27 años á ser escogido, no he de saber ni querer aprender el arte de que me escojan. Dejemos aquí las dificultades que presenta mi traslacion por la persona que hace, ó sea por tenérmelas que haber con gente nueva y perita; y recorramos las que se presentan por la que padece, ó sea por los que han de ser mis asistidos.

Dije que la confianza que éstos depositan en su Médico era el mayor premio que como tal se podia alcanzar; y con efecto ninguna satisfaccion de las pocas que reporta el arte de curar, es comparable á la tranquilidad que en los casos desgraciados proporciona ese convencimiento del enfermo y allegados de que "humanamente nada mas se puede hacer." Porque, si bien tenemos la dicha de ser directores de la salud y la vida de católicos, y por ende mas resignados con el artículo de fé *statutum etc.*, no es menos cierto que ese tributo, ya que forzoso, le queremos pagar muy tarde; y aunque al que le paga se le aplique el *de profundis*, salen los que le pierden con el *clamavi*; y rara vez deja de ponerse en tela de juicio, si aquella era la época, ó si llegó por no haber hecho bastante, por haber hecho demasiado, ó por no haberlo hecho oportunamente. Está duda, si llega á suscitarse, es, mientras vive el enfermo, violenta y de desaliento para éste, desgarradora despues de su muerte para los que le lloran, y muy desagradable para el Médico, aunque consultando su conciencia le responda que no omitió nada de cuanto el arte prescribe, y que lo aconsejó por el orden que lo reclamaron las circunstancias. Aun así, si el Médico lo es imitando á Hipócrates y otros sabios modestos, le atormentará mas aquella duda; porque recordando lo vasto

de la ciencia, y comparándolo con su pequeñez, le hará vacilar sobre la respuesta afirmativa de su conciencia. Y si á esto agregas, (dolor me causa recordarte lo que por sabido lamentas) la indiscrecion (por no darle otro nombre mas duro, pero mas propio) con que, hablando en general, se suele tolerar y aun favorecer aquella duda por los Profesores del arte de curar, que sin advertirlo se hacen odiosos hasta para los mismos sugetos, cuyas desconfianzas apoyan, sube de punto el desagrado: y por mas que se quiera compadecer al degradador del arte y de sí mismo, resultará que habrá que retraerse de alternar con quien tal proceda, siempre con detrimento de la profesion, y no pocas veces con notable perjuicio de la humanidad.

Pues bien, amigo mio: yo que nunca tuve que luchar con esa duda respecto de los muchos millares de enfermos que he asistido, y si alguna vez asaltó á mis comprofesores, la sofocaron en justa reciprocidad de mi proceder para con ellos, ó porque llegáran á suponer que no podia tener lugar al lado de la ilimitada confianza que se me ha dispensado; ya ves que colocado en medio de quienes no están en el caso de dármele tan lata, debo perder el premio mayor con que se compensan nuestros sacrificios por enfermos y allegados, y tal vez dudar de la sinceridad de quien nunca quisiera, esto es, de algun compañero. Digo esto último, porque en época no lejana, entre otras muchas juntas á que he tenido el honor de ser citado en esa ciudad, lo fui para una en que se trataba de una persona de la primera alcurnia. Antes que se verificase, fui interrogado en dos casas muy notables sobre el éxito futuro del enfermo, y en la escalera de éste ante el último difunto Ilmo. Obispo por un Sr. Canónigo muy conocido; á todos mani-

festé que el término de su vida estaba cercano sin señalar semana ni día. Verificóse en efecto, la junta compuesta de una cuaterna: era de ella yo el mas jóven y de cabecera el decano.

Por esto y los respetos que los otros me merecen, no quise permitir (sin creerlo un exceso de galantería) que el de cabecera hiciera el papel de actuante, con tanto mas motivo, quanto que me habia presidido muchas veces en la Universidad. Tomé, pues, la palabra, y, con el permiso de mis compañeros ahora, antes catedráticos, y con la fuerza de conviccion que las observaciones hechas en el enfermo me daban, manifesté sobre él mi juicio y los medios que á mi sola direccion emplearia. Dos eran de los tenidos por heroicos: sangria, y mas tarde cantárida; los demas solemos apellidarlos, aunque escitando la hilaridad de los homeópatas, ayudantes. Tuve la satisfaccion de ver conformes á mis dignos catedráticos y amigos, y por unanimidad se acordó llevar á cabo sangrías, cantárida y ayudantes, segun las circunstancias lo fueran reclamando. Ya ves que asi las cosas, el triunfo, ó la derrota á todos debia alcanzar igualmente; y sin embargo sabes que se nos dijo que habia un profesor extraño á la consulta, y no puede menos de ser de esos que sino se crecen, se estiran mucho, que me habia censurado por aconsejar la cantárida. ¡Pobrecillo! y ¿por qué no hizo estensiva la censura á mis compañeros? ¿Era porque se quedaban y yo volvía la espalda? Pero ¿y no se le alcanzó en este caso que les lastimaba mas que á mi con el papel que les hacia representar? ¿Seria por prevenir la opinion de algunos que ya presumiera mis futuros parroquianos? Descanse el imprevisor: que le aseguro, quien quiera que sea, no codiciar los suyos, si alguno tiene; y entretanto aprende el arte

de esperar, tan necesario á los médicos como cuentan que es á los políticos, le recordaré la máxima que un autor célebre, á saber: *Beati qui boni nascuntur*: dichosos los que han nacido buenos, para que allá en sus ratos de ocio examine los opimos frutos que dá la bondad (1) verdadera. Y digo *verdadera* porque hay otra que se la ha querido sustituir, y es una amabilidad afectada, muy comun por desgracia en nuestra modernísima civilidad, que bien miope es necesario ser para no verla venir, ya se presente ataviada con el traje de la modestia en el trato comun, ya tome las galas de la oratoria para declamar en discursos estudiados, proclamando una bondad que desmiente con sus obras. Y aquí podria yo decir de esta amabilidad estudiada aun mas que Chateaubriand decia de la filantropía, cuando la apellida "cascarilla de la caridad". Porque, en efecto, la amabilidad estudiada ni cascarilla es de la bondad verdadera que nace del carácter y de la educacion: que se muestra en las acciones que llevan el sello de la virtud: que jamás se desmiente; y que tiene en fin una tendencia activa á hacer el bien y evitar el mal. Emplee, pues, nuestro compañero algunos ratos en esta lectura, y de seguro no vuelve á censurar actos que le sean desconocidos; sino que hasta de los bien sabidos se ha de abstener sopena que no entienda lo que lea, ó que á sabiendas se esponga á llevar la penitencia en el pecado.

Estoy convencido de lo apegado que eres al ejercicio de la segunda obra de misericordia; y sin

(1) Si es que al leer esto, no nos sale con la agudeza del jitano. Aconsejaba un cura á un feligrés; y entre los consejos morales que le daba, creo que le citó aquel precepto de Zoroastro «procura hacer bien, porque la vida es corta.» Un jitano que allí habia contestó por el feligrés, y dijo: «muy equivocao anda en eso su mercé; por muy corta que sea la vida, topa uno tan á menúo con ingratos que le hacen arrepentir de toito el bien que ha hecho.»

embargo lo estoy tambien de que no has de aprobar la digresion, y no porque digas, como otros acaso me dirán: esas hablillas se desprecian. Hace mucho tiempo que aprendi á no despreciar nada: porque lo que ni me aprovecha ni me ilustra, me suele desengañar; y allá por los años de 50 me enseñó un confinado en las Batuecas á sacar algun partido de los desengaños. Quizá te hubiera agradado mas que, al recordar el hecho que los motiva, hubiera imitado á un tal D. Luis J. cuando oia una sandez, un desatino, un insulto etc. Era este señor un Sacerdote, párroco en esa ciudad, tan ilustrado y celoso del cumplimiento de su deber, como escéntrico á veces en su trato social y doméstico. Vivía yo en su casa, y asistía á la cátedra de latinidad; muchos dias se entretenia en tomarme cuenta del tiempo que invertia asi como á otros dos condiscípulos. No comprendiamos tanto ni tan pronto como deseaba; y cuando nos decia dos veces una cosa, si á la tercera faltábamos, calaba el bonete, paseaba por la sala, nos daba frente, y con un meneo negativo de cabeza nos decia.... *non est vobis*, que él traducía á su manera. Traduciamos nosotros algo, y como se repetia tan amenudo el apóstrofe, hubo de preguntarle un compañero que tuviera la bondad de decir como traducía el *non est vobis*. Pero el Sacerdote dió por respuesta una sonrisa. Volvió al dia siguiente á repetir; si lo he dicho.... *non est vobis*; yo que aquel dia creía haberme lucido traduciendo y comentando la conferencia, le interpelé— ¿y porqué no ha de ser para nosotros?—una risa sardónico-sarcástica lastimó mi entonacion atrevida; una fisionomia en que se retrataba la compasion, me hizo entender que habia desatinado mas que comentado; y un *perdonadlos, Señor, que no saben lo que se dicen con que terminó,*

me dejó frio y escarmentado. Sigamos las dificultades de mi traslacion.

Es tan difícil en los tiempos que corremos, amigo mio, que un médico, cualesquiera sean sus antecedentes, tenga enfermos si no se los proporcionan, ó *no se los sabe buscar*, como imposible que el hombre á cuyo nombre se una la mayor suma de ciencia y virtud, salga diputado á cortes por la sola circunstancia de estar adornado de estas rarisimas cualidades. Suponle en competencia de otro que no le conozcan mas que en su casa, pero que en el acto de la eleccion (1) tenga de su parte al señor para el administrador, al administrador para el clono, al prestamista para el deudor, y algun que otro tio Blas (2) en cada pueblo, sin contar con si se ha dado maña para ganar otras influencias no menos influyentes de que yo no debo hablar; y entonces verás á nuestro Cicero-Aristidiano tan rezagado en la votacion, que si no le daba pena (que de seguro no le daría) por la derrota, quedaria desengañado de cuán poco valen los nombres sin hombres.

Si esto acontece para un cargo á que, por lo regular solo aspiran dos candidatos, ¿qué deberá acontecer para el de representante del arte de curar en un pueblo en que para obtenerle nos presentaremos quizá treinta? Yo llevaré á Salamanca un nombre que, sin llegar á ser científico, he podido lograr á fuerza de años y sacrificios, que sea conocido; me cruzaré de brazos: porque ya dije que habiéndome sobrado siempre enfermos no he aprendido el arte de buscarlos: no tengo quien me los proporcione, porque carezco de señores que para

(1) Se escribió este párrafo en Agosto del 52.

(2) Hombre influyente que dicen unos, y otros menos tolerantes cacique, etc.

el caso presente serían una parentela influyente (1). Carezco igualmente de encomiadores, porque mis buenos amigos son poco dados á este género: me encontraré con derechos adquiridos que seré el primero á respetar; y tendrás que mi candidatura se quedará con menos votos que los que aquí le sobran para ser diputado vitalicio.

Y bien, me dirás ya un poco amostazado: si tantas y tan insuperables son las dificultades, quédese San Pedro en Roma, y no moler mas al prógimo con lo que á ti solo te interesa. Vicio es tan inaguantable, como incorregible hablar mucho á los demás de lo que solo interesa á uno mismo; pero aun á riesgo de aparecer de ese número, me has de dispensar, y los que me lean, que ocupe un momento mas su atencion.

Favorecido por espacio de 25 años con la confianza de todos los pueblos situados á ocho y diez leguas de mi residencia, no podia dejar de darles una satisfaccion cumplida á los notables habitantes de aquellos y muy especialmente á los denominados Ganaderos del campo de Salamanca que visito hace veinte como Médico de cabecera. Quiero que se persuadan que mi traslacion no ha sido decidida por miras de interés material: quiero convencerles que mis intereses han de sufrir no pequeño quebranto; y para ello les he hecho la comparacion de mi estado actual con el que fundadamente debe ser el sucesivo; para que tocando por sí mismos, que el primero me ofrece ventajas seguras, y que en el segundo son problemáticas, se penetren de que mi traslacion es necesaria, y la causa que la produce cierta.

(1) He visto no obstante parientes de Médicos que tenían influencia en sus respectivos pueblos, servirse de estraños porque sin duda hacia la diferencia de que el voto del elector político va siempre á la urna electoral, y el del Médico podrá tocar en la cineraria.

Dije muy al principio que el género de vida adoptado en este país desde el año 833 de no interrumpida equitacion me habia reconstituido, me habia vuelto la vida que ya veia estinguir en la Sierra de Francia. Pues bien: este mismo género de vida, este no interrumpido movimiento que á muchos de mis amigos y asistidos no les parecia soportable, ha venido á producirme dolencias que no se pueden corregir, antes bien se han de aumentar, si no me sustraigo de continuarle. Aquí tienes, y aquí tienen todos mis amigos y asistidos la **única causa** de mi traslacion. Dos años há que me he estado resistiendo á verificarla, agradecido á la confianza del país en general y de los ganaderos en particular: he hecho sacrificios por complacer á aquel y á estos, que ya en el presente año he pagado con uno y dos meses de cama, dejando de servir á muchos que lo deseaban, y á otros con quienes estaba obligado. Para nadie es un secreto que mis obvenciones están vinculadas á este género de vida: y que el dia que no pudiera continuarle, tendria que principiar á vivir de mis propios recursos: que si en este punto escasamente sufragarian á cubrir mis necesidades, de ningun modo llenarian las que reclama la *educacion de mi familia*, por la que he elegido para vivir á Salamanca. Ninguna otra mira podia conducirme. Jamás me hice la ilusion de figurar entre mis maestros y condiscipulos de modo que pudiera reportarme el ejercicio de la profesion ni tanta honra, ni menos tanto provecho como me está dando este país; nunca he querido aceptar ninguna de tantas ventajosas proposiciones como se me han hecho y se me están haciendo por pueblos de primer orden en la provincia y fuera de ella; contestando con mi agradecimiento y archivando los nombramientos; jamás, en fin, (creo que me han

de creer cuantos me han tratado), jamás dejaría este país, si mi salud me consintiera recurrirle.

Réstame el último párrafo para el cual ni tengo expresiones bastantes, ni las encuentro adecuadas. Ya comprenderás que aludo á espresar mi reconocimiento á tanta confianza dispensada, á tanta deferencia recibida; y pues que me sería imposible manifestarlo á cada uno en particular, te autorizo para que des esta carta á la prensa, y por este medio llegue á conocimiento de todos lo que dicho va, y que mi gratitud solo se la puedo espresar, asegurándoles que, como Médico y particular, estoy siempre dispuesto á complacerles; y lo estoy de tal modo, que si alguna vez faltare á esta promesa, será por impedirlo mi salud en lo concerniente á Medicina, y en todo lo demas por carecer de posibilidad. Esto quiero que sepan cuantos me han hecho el honor de ocuparme como Médico, llamándome á sus casas; y por lo que respecta á tantos de escasa fortuna, ó que ninguna tienen, como venian á consultar á la mia, quiero que sepan tambien que les oiré como hasta aquí en mi nueva habitacion, calle de la Rua, número 41.

Tamames 1.º de Enero de 1853.

